



**El destino final de Dayu Matsumura**

**Ángeles en Tokio III**

**Naru Ishida**

*No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.*

*[www.naruishida.com](http://www.naruishida.com)*



## Capítulo 4

### El poder de Noriko

La tranquilidad en aquel momento no duró mucho para Noriko. Esta se giró cuando detectó que alguien tiraba levemente del lazo de su vestido.

— Seiya, qué... —sin más el chico señaló con el dedo. Noriko lo siguió y se la fue la sangre del cuerpo. Akemi, la ex-novia de Saito estaba en aquel momento con él, parecían discutir.

— ¿Qué demonios hace ella aquí? ¿Cómo ha entrado?

— Creo que aún tiene las llaves. — Dayu se acercó— Vaya, parece que no se tragó lo de que fuese gay.

— Obviamente —Noriko entrecerró los ojos.

— ¿No vas a hacer nada?

— Matsumura, ¿ves a Saito con cara de necesitar mi ayuda? Además, tengo plena confianza en él.

Se limitaron a observar. Bastante airada, Akemi le entregó las llaves que Saito había solicitado y se dispuso a marcharse. Pero sin previo aviso y justo cuando Saito se dio media vuelta, Akemi cogió un cenicero de la mesa, bastante grande y pesado, y se lo arrojó con todas sus fuerzas.

— ¡No! —gritó Noriko mientras alzaba el brazo.

Todos se giraron en cuanto escucharon aquel estruendo. El cenicero se hizo trizas, pero no llegó a chocar contra el cuerpo de Saito, el cual extrañado se dio la vuelta. Solo cuatro de las personas que había allí sabían lo que realmente había ocurrido.

— Vaya, sí que es fuerte... —dijo Megumi. Pues vio como el yakuza ni se había movido ni quejado de dolor.

Noriko bajó el brazo despacio y se miró la mano con extrañeza. Dayu puso la mano en su hombro y tan solo dijo en un susurro.

— Enhorabuena. — pues sabía que al fin, el poder de Noriko estaba despertando.

Ya era tarde y después de aquel incidente, dieron por concluida la fiesta. Akemi se había ido corriendo, avergonzada, sus celos no tenían límite y aquello se la había ido completamente de las manos. Confiaban en que ya no se entrometiera en sus vidas.

— Creo que de nuevo... debo darte las gracias —Saito se acercó a Noriko con las manos metidas en los bolsillos. Dayu y Seiya sonrieron.

— Pero si no hice nada, no sé cómo...

— Creaste un escudo invisible, el cenicero se rompió antes de tocarme. Inicialmente no parece gran cosa pero créeme, todo empieza así, ahora solo tienes que trabajarlo. — Saito sacó las manos de los bolsillos y las puso en los hombros de la chica. Noriko aún estaba en estado de shock y sus manos temblaban. — Estoy orgulloso de ti —dicho esto la dio un beso en la frente y se marchó. Se dirigía a su despacho cuando Dayu le dio alcance.

— ¡Eh! Espera un momento, a mí no me la pegas. Podías haberlo esquivado perfectamente, conozco de sobra tus reflejos y...

Estaba claro que a su antiguo alumno no podía engañarle.

— Lo sé, pero piensa un poco. Ella necesitaba confiar más en sí misma, ¿no crees?

Dayu no supo qué responder pero comprendió. Él mismo tenía un gran poder, Seiya la manipulación del tiempo, Saito era un arcángel de alto rango... todos tenían algo. Y con todo eso quizás Noriko creía no estar a la altura. No había caído en eso.

— ¿Cómo supiste que sus poderes estaban a punto de despertar?

— Intuición —dijo como si nada mientras se encerraba en el despacho. Dayu se quedó extrañado, pero seguidamente sonrió encogiéndose de hombros.

En la sala principal, Noriko se agachó para examinar los restos del cenicero cuando Seiya se acercó con un recogedor. La chica se encontraba abstraída, aun asimilando lo que había pasado.

— Así que... este es mi poder. Pero no lo entiendo. —Se dirigió a Seiya alzando la vista— Quiero decir, no entiendo como ocurrió.

— Puedo mostrártelo de nuevo, si quieres... —ahora Noriko le miró extrañada— Dame tus manos un momento, confía en mí.

La chica se puso en pie y no dudó en tomar las manos de Seiya, quien de inmediato cerró los ojos y respiró profundamente. De repente, todo giró alrededor de ambos en un remolino, se sintió mareada. Cuando abrió los ojos de nuevo, se encontraban en el jardín. Asustada, Noriko observó por las ventanas, había gente dentro de la casa, y música. Era la fiesta.

— Has... un momento, ¿esto es lo que creo que es?

— ¡Vamos! —Apremió Seiya mientras se dirigía hacia una de las ventanas— Procura que nadie te vea.

Agazapados, ambos observaron a través del cristal y Noriko se tapó la boca con la mano. Habían retrocedido en el tiempo. Observó que justo al lado de la ventana se encontraban Akemi y Saito discutiendo. Tuvo que ahogar un grito cuando se observó a si misma a escasos metros, junto con sus compañeras. Pero prestó atención a la acalorada discusión.

— He cambiado Akemi, no sabes quién soy y solo te interesa una cosa de mí, quizás dos, como mucho.

— Estás con otra, ¿no? ¡Dime la verdad!

— Sí, y créeme ella puede darme mucho más de lo que tú me has dado. Así que hazme un favor, búscate otro al que puedas sacarle más dinero.

— ¡Pero yo te quiero!

— Eres una mentirosa, dame las llaves.

Muy airada, Akemi se las dio.

— No has cambiado nada, en absoluto. Seguirás siendo un maldito cobarde que no tiene ganas de vivir. — Al oír esto, Noriko apretó los puños. Akemi continuó lanzando su veneno— Haz lo que quieras, pero jamás recuperarás a esa moribunda que raptaste, asúmelo de una maldita vez.

El yakuza la cogió por un hombro y apretó con fuerza.

— Nunca he pegado a una mujer, así que no me obligues a hacerlo. Sal de aquí y no vuelvas nunca, o lo lamentarás.

— Es ahora... —susurró Seiya.

Vieron como Akemi se dio media vuelta, por un instante Saito se giró. Entonces Noriko dirigió su mirada hacia ella misma cuando Akemi se dispuso a arrojarle el cenicero. Observó el brazo extendido, la palma de su mano, de la cual surgió un pequeño destello. Lo vio todo a cámara lenta, gracias al poder de Seiya. El cenicero voló y efectivamente chocó contra un escudo invisible, antes de tocar el cuerpo de Saito.

— ¿Lo has visto? —La chica asintió y miró a Seiya— Yo creo... que la fuerza de tu poder reside en el amor, en tu protección por aquello que amas. De alguna forma, Saito y tú estáis conectados, pues su instinto de protección también despertó su poder. — Noriko sabía a lo que se refería, Saito podía leer su mente en situaciones de peligro. Ahora entendió como funcionaba su poder, pero tenía que perfeccionarlo. Se dieron de nuevo las manos y aparecieron donde estaban hace un momento, recogiendo los restos del cenicero.

— ¡Eh! No me jodas... lo has hecho de nuevo. —Dayu se acercó dando grandes zancadas. Seiya se llevó la mano a la nuca.

— Esto... solo quería retroceder un poquito para enseñarle a Noriko lo que pasó, necesitaba saberlo.

— Ya, ya, pero haberme avisado hombre, yo también quiero viajar.

— No seas crío Matsumura, viajar en el tiempo no es un juego —contestó Noriko. Este entrecerró los ojos sin replicar. Se le fueron los humos en cuanto Seiya se acercó a él.

— Te prometo que si surge la ocasión te llevaré conmigo, solo si es necesario...

Aquello apaciguó al ángel de la oscuridad. Dayu sonrió y le puso la mano en la cabeza, revolviéndole un poco el pelo y haciendo que Seiya se sonrojase.

— Ya lo hiciste. En fin, ¿y qué has averiguado? —preguntó ahora dirigiéndose a Noriko.

— Parece que mi poder surge como un instinto de protección, al igual que el de Saito.

— Joder, si es que estáis hechos el uno para el otro —Dayu rió tras su comentario pero Noriko se mordió el labio, las palabras de Akemi se le habían grabado a fuego en su cabeza. Ésta había nombrado a la prisionera de Saito, aquella de la que se enamoró y que posteriormente murió, no se sabe cómo. El origen de su dolor, de su herida. Esto la preocupó pues, ¿realmente esa herida estaba cerrada? ¿Podría ella realmente hacerle olvidar y aliviar ese dolor? Múltiples preguntas se agolpaban en su cabeza y necesitaba saber qué ocurrió exactamente, quería que él compartiese con ella su historia. Pero no parecía algo fácil y realmente cuando Akemi la nombró, el gesto de Saito fue lo que más la preocupó, pues su mirada oceánica, normalmente neutra y tranquila, se tornó justo en ese instante en un mar de fuego.

— "Tuvo que amarla con locura" —pensó.

— Y bien, ¿dónde está mi dinero?

En el salón de su casa, al día siguiente, Saito paseaba tranquilamente delante de otro yakuza que se encontraba sentado en un sillón. Aquel tipo, poco más joven que Saito, se escondía detrás de unas gafas oscuras y llevaba la cabeza completamente rapada, tenía un buen físico.

— ¿Te estás quedando conmigo? Joder... ¿es que era una apuesta en serio?

— Kenji, ¿acaso alguna vez bromeo con las apuestas?

— No pero es que... ¡es un millón de yenes!

— Así es —dijo Saito como si nada mientras se encendía un cigarrillo.

— ¿Cómo estabas tan seguro de que ganaría el equipo de la universidad? ¿Qué tienes? ¿Un arma secreta o algo así?

— Algo así.

Kenji alzó los brazos mientras bufaba.

— De verdad me tienes intrigado. No te lo tomes a mal pero... dentro del clan la gente comienza a hablar, ¿sabes? Ya no apareces mucho por allí, desde que saliste de aquel hospital vas por ahí en solitario y... bueno, deberías tener más cuidado.

— Las cosas han cambiado Kenji, no es tan sencillo.

— Bueno, pues cuéntame hombre, yo soy como tu hermano joder, explícate, pero primero dime cómo consigues ganar tanto con ese dichoso equipo de baloncesto.

Saito apuró el cigarrillo y luego señaló a su interlocutor con el dedo, se sentó en el sofá, al lado suyo.

— Hare un trato contigo. Si te cuento lo de mi... arma secreta, iremos a medias y así podrás pagar tus deudas, ¿qué me dices?

— Pues me parece una buena oferta. Ahora dime, ¿qué tiene ese equipo?

— Me tiene a mí.

Dayu Matsumura había entrado en el salón, acababa de llegar del trabajo y había escuchado parte de la conversación. Ahora se encontraba de brazos cruzados, apoyado sobre el marco de la puerta. Kenji, al verle, emitió un sonoro silbido y se bajó un poco las gafas oscuras para ver mejor, luego se puso en pie.

— Vaya... Saito, no me dijiste que tenías una novia tan descomunal. Pero creía que te iban más las rubias y...

Mientras Saito fusilaba con la mirada a su socio, Dayu estalló en carcajadas.

— El problema no es que sea rubia, el problema para él es que soy hombre. Dayu Matsumura. —terminó diciendo mientras tendía su mano.

— Llámame Kenji, disculpa tío, vaya... juegas entonces en el equipo ¿no? bueno, avísame cuando comience a llover —rió al observar casi los dos metros de altura que tenía Dayu.

— Al menos yo tengo con qué protegerme. Y... sí, soy el arma secreta de tu socio.

— Touché. Saito, este tío me cae bien.

— Que bien —resopló este mientras se dejaba caer de nuevo en el sofá.

— Y en fin... —continuó Kenji— Aquí mi socio dice que eres una apuesta segura, ¿tan bueno eres jugando?

— No solo soy bueno, es que soy el mejor. Además cuento con mis pode...

De pronto Dayu vio como Saito se pasaba discretamente la mano por la garganta, en un claro gesto de que cortase la conversación.

— Lo que Matsumura intenta decir, es que conoce a la perfección todas las técnicas y realmente es muy bueno, tienes que verlo Kenji.

— ¿Eh? Sí claro, por supuesto. En fin y ahora, bueno ¿por qué no me cuentas que has estado haciendo todo este tiempo? Como ya digo en el clan están todos un poco nerviosos, no pareces el mismo desde que despertaste en aquel hospital, socio.

— ¡Ah! —Dijo de pronto Matsumura— Ese accidente de esquí, joder ¿lo volviste a tener?

— ¿Accidente de esquí? —preguntó Kenji extrañado.

— Idiota, no tuve ningún accidente, eso fue la tapadera para poder ir al hospital.

— ¿Entonces qué te pasó? —preguntó ahora Dayu con interés.

— Fue por... un ajuste de cuentas. No llegaron a dispararme pero en la huida me di un buen golpe en la cabeza que me dejó en coma durante casi un año.

— Entiendo. —dijo guiñando un ojo. Dayu se moría por contar que ese acontecimiento había sido el renacimiento de Saito en el mundo humano, y no solo eso, por alardear de lo que realmente eran, ya que obviamente Kenji no parecía saberlo, no tenía ni repajolera idea.

— Y Kenji... —ahora Saito se dirigió a su socio— Diles por favor que todo va bien, solo necesito un tiempo, eso es todo. Cerré un buen trato en México y todo va sobre ruedas, por lo que no hay de qué preocuparse, además con este chico, haremos una mina de oro.

— Eh, recuerda que yo también quiero mi parte de las ganancias. —indicó Dayu.

**Sin decir nada, Kenji resopló.**